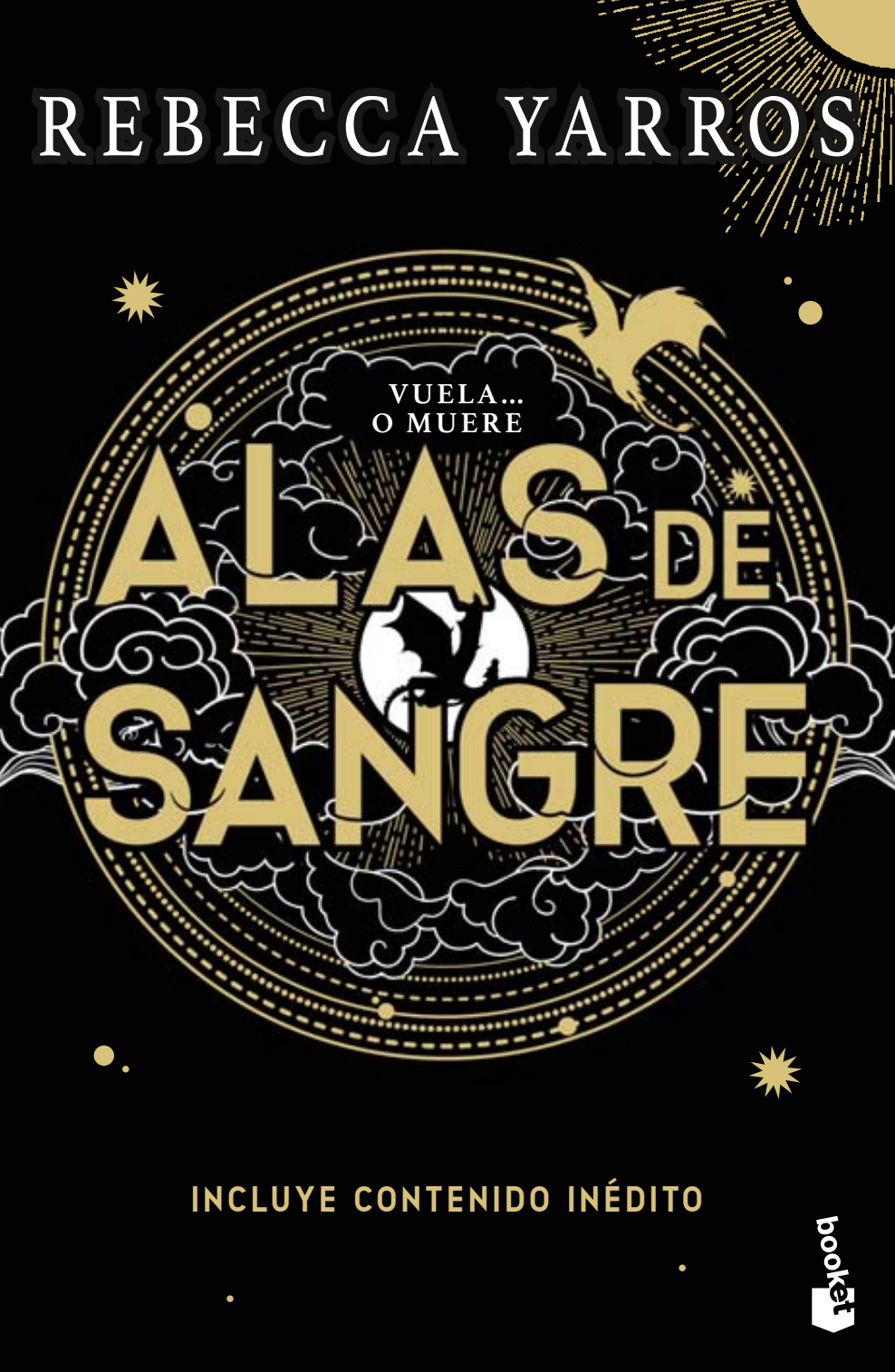


REBECCA YARROS

VUELA...
O MUERE

ALAS DE SANGRE



INCLUYE CONTENIDO INÉDITO

bookai

EMPÍREO I

REBECCA YARROS



TRADUCCIÓN DE
GRACIELA ROMERO SALDAÑA

 Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Fourth Wing*

© Rebecca Yarros, 2023

Derechos de traducción gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria y Alliance Rights Agency, LLC. S. L. Todos los derechos reservados

© por la traducción, Graciela Romero Saldaña, 2023

© de la traducción de los capítulos de las pp. 731-755, Isabel del Valle, 2024

© de la traducción del capítulo de las pp. 756-782, Mariana Hernández Cruz, 2026

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© del mapa del Colegio de Guerra Basgiath: Amy Acosta y Elizabeth Turner Stokes

© del mapa del Continente: Melanie Korte

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta, a partir de la idea original de Bree Archer y Elizabeth Turner Stokes

Ilustración de la cubierta: © Peratek / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2026

Depósito legal: B. 292-2026

ISBN: 978-84-08-31608-4

Impreso en España

1



Un dragón sin su jinete es una tragedia.

Un jinete sin su dragón es jinete muerto.

—Artículo uno, sección uno
del Código de Jinetes de Dragón

El Día del Reclutamiento siempre es el más mortífero. Quizá por eso el amanecer me parece especialmente bonito, pues sé que para mí podría ser el último.

Ajusto las correas de mi pesada mochila de lona y subo como puedo por la ancha escalera de la fortaleza de piedra a la que llamo hogar. Mi pecho se agita por el esfuerzo y cuando llego al pasillo de piedra que lleva a la oficina de la general Sorrengail, me arden los pulmones. Esto es lo que he ganado tras seis meses de entrenamiento físico intenso: la capacidad de subir, a duras penas, seis pisos con una mochila de catorce kilos.

Estoy jodida.

Los miles de veinteañeros que esperan fuera de la puerta para entrar a servir en el cuadrante de su elección son los más fuertes e inteligentes de Navarra. Cientos de ellos llevan preparándose desde que nacieron para el Cuadrante de Jinetes, para tener la oportunidad de ser parte de la élite. Yo llevo exactamente seis meses.

Los inexpresivos guardias que flanquean el ancho pasillo al final de la escalera esquivan mi mirada al verme pasar, pero eso no es nada nuevo. Además, que me ignoren es el mejor escenario posible.

El Colegio de Guerra Basgiath no es famoso por ser amable con..., bueno, con nadie, ni siquiera con los que tenemos madres al mando.

Todos los oficiales de Navarre, tanto si escogen formarse como curanderos, escribas, infantes o jinetes, son moldeados dentro de estos crueles muros durante tres años, aprendiendo a usar las armas hasta la perfección para proteger nuestras comunales fronteras de los violentos intentos de invasión del reino de Poromiel y sus jinetes de grifo. Aquí no sobreviven los débiles, sobre todo en el Cuadrante de Jinetes. Los dragones se aseguran de eso.

—¡Estás enviándola a su muerte! —Una voz conocida resuena desde el otro lado de la gruesa puerta de madera de la general y ahogo un grito.

Solo hay una mujer en el Continente lo bastante tonta como para levantarle la voz a la general, pero se suponía que estaba en la frontera con el Ala Este. «Mira.»

Desde la oficina se oye una respuesta ahogada y acerco la mano al picaporte de la puerta.

—¡No tiene ninguna oportunidad! —grita Mira mientras empujo la pesada puerta, y mi mochila, al moverse hacia delante, casi me tira. «Mierda.»

La general suelta un insulto entre dientes desde su escritorio y yo me agarro al respaldo del sofá tapizado de color carmín para recuperar el equilibrio.

—Mamá, ni siquiera puede con su mochila —suelta Mira al tiempo que viene corriendo hacia mí.

—¡Estoy bien! —La vergüenza me enciende las mejillas y me

obligo a quedarme derecha. Hace cinco minutos que ha vuelto y ya tiene que venir a salvarme. «Porque necesitas que te salven, tonta.»

No quiero hacerlo. No quiero tener nada que ver en esta mierda del Cuadrante de Jinetes. No es que tenga impulsos suicidas. Habría sido mejor suspender el examen de admisión a Basgiath e irme de cabeza al ejército con la mayoría de los reclutas. Pero sí puedo con mi mochila y sí podré conmigo misma.

—Ay, Violet. —Sus ojos marrones llenos de preocupación me miran mientras sus manos fuertes me cogen por los hombros.

—Hola, Mira. —Una sonrisita asoma a las comisuras de mi boca; debe de haber venido a despedirse, pero me alegra ver a mi hermana por primera vez en años.

Sus ojos se suavizan y sus dedos se doblan sobre mis hombros como si quisiera envolverse en un abrazo, pero solo da un paso atrás y se vuelve para ponerse a mi lado, quedando frente a nuestra madre.

—No puedes hacer esto.

—Ya está hecho. —Mi madre se encoge de hombros y las líneas de su entallado uniforme negro suben y bajan con el movimiento.

Suelto una risita burlona. Adiós a la esperanza de un indulto. Aunque no había razón para que esperara o siquiera soñara con un poco de misericordia por parte de una mujer que es famosa por no tenerla.

—Pues deshazlo —exige Mira furiosa—. Ha pasado toda su vida entrenando para ser escriba. No se ha criado para ser jinete.

—Sin duda no es como tú, ¿verdad, teniente Sorrengail? —Mi madre posa las manos sobre la superficie inmaculada de su escritorio y se inclina un poco hacia delante mientras se levanta; nos mira desde arriba con esos ojos entrecerrados y ob-

servadores que se parecen tanto a los de los dragones tallados en las enormes patas de los muebles. No necesito el poder prohibido de leer mentes para saber qué es exactamente lo que ve.

A sus veintiséis años Mira es una versión joven de nuestra madre. Es alta, con músculos fuertes y poderosos, tonificados por los años de entrenamiento con armas y cientos de horas sobre el lomo de su dragón. Su piel parece brillar de lo saludable que está, y el cabello, rubio oscuro, lo lleva corto y listo para el combate, igual que el de mamá. Pero más allá de la apariencia tiene la misma arrogancia, la misma convicción de que su lugar está en el cielo. Es una jinete hecha y derecha.

Es todo lo que yo no soy, y la forma con la que mamá niega decepcionada con la cabeza indica que ella también lo cree. Yo soy demasiado bajita. Demasiado frágil. Las curvas que tengo deberían ser músculos y mi cuerpo traidor me hace vergonzosamente vulnerable.

Mamá se acerca a nosotras y sus botas negras bien lustradas brillan bajo las luces mágicas que bailan en los candeleros. Toma la punta de mi larga trenza y suelta una risa burlona al ver la parte que comienza sobre mis hombros, donde los mechones castaños van perdiendo la calidez del color y poco a poco se convierten en un plateado metálico que llega hasta las puntas.

—Piel clara, ojos claros, cabello claro —dice tras soltar mi trenza. Su mirada exprime hasta la última gota de seguridad que me quedaba en la médula—. Es como si esa fiebre te hubiera robado el color junto con la fuerza. —Por un instante hay pena en sus ojos y sus cejas se fruncen—. Le dije que no te tuvieras en esa biblioteca.

No es la primera vez que la oigo maldecir la enfermedad que casi la mata mientras estaba embarazada de mí o la biblioteca que papá convirtió en mi segundo hogar cuando ella se instaló en Basgiath como instructora y él como escriba.

—Me encanta esa biblioteca —le respondo.

Ha pasado más de un año desde que el corazón de mi padre al fin falló; los Archivos siguen siendo el único lugar que siento como un hogar en esta enorme fortaleza, el único sitio donde aún percibo la presencia de mi padre.

—Hablas como la hija de un escriba —dice mamá en voz baja, y de pronto puedo ver a la mujer que era cuando papá estaba vivo. Más tierna. Más amable... al menos con su familia.

—Soy la hija de un escriba.

La espalda me está matando, así que me quito la mochila de los hombros, la dejo en el suelo y tomo la primera bocanada profunda de aire desde que he salido de mi habitación.

Mamá parpadea y la mujer amable desaparece, dejando solo a la general.

—Eres la hija de una jinete, tienes veinte años y hoy es el Día del Reclutamiento. Dejaré que termines la tutoría, pero como ya te dije la primavera pasada, Violet, no permitiré que una hija mía entre en el Cuadrante de Escribas.

—¿Porque los escribas son muy inferiores a los jinetes? —pregunto, aunque sé perfectamente que los jinetes están en lo más alto de la jerarquía social y militar. Ayuda mucho que sus dragones, a los que están unidos, achicharren a gente por diversión.

—¡Sí! —Su compostura de siempre vacila—. Y si hoy te atreves a cruzar el túnel hacia el Cuadrante de los Escribas, te cogeré de esa ridícula trenza, te sacaré de allí y te arrastraré yo misma hasta el Parapeto.

El estómago se me revuelve.

—¡Papá no querría esto! —exclama Mira, y el rubor le va subiendo por el cuello.

—Yo amaba a tu padre, pero ya está muerto —dice mamá, como quien se queja del clima—. Dudo que quiera algo a estas alturas.

Tomo aire, pero mantengo la boca cerrada. Discutir no me llevará a ningún lado. Mi madre nunca ha escuchado nada de lo que yo le diga, y hoy no será distinto.

—Enviar a Violet al Cuadrante de Jinetes es lo mismo que sentenciarla a muerte. —Supongo que Mira no dejará de discutir. Mira nunca deja de discutir con mamá, y lo frustrante de eso es que mi madre siempre la ha respetado por ello. ¡Que viva el doble rasero!—. ¡No es lo suficientemente fuerte, mamá! Ya se ha roto un brazo este año, cada dos semanas se hace algún esguince y no tiene la altura necesaria para montar en ningún dragón lo bastante grande para mantenerla viva en una batalla.

—¿En serio, Mira? —Qué. Diablos. Está. Haciendo. Las uñas se me clavan en las palmas por la fuerza con la que cierro los puños. Saber que mis posibilidades de sobrevivir son mínimas es una cosa; que mi hermana me eche en cara mis deficiencias es otra—. ¿Me estás llamando débil?

—No —dice apretándome la mano—. Solo... frágil.

—Eso no lo mejora.

Los dragones no se vinculan con mujeres frágiles, las incineran.

—Sí, es pequeña. —Mamá me mira de arriba abajo, observando la amplitud de la túnica color beige con cinturón y los pantalones que he elegido esta mañana para mi posible ejecución.

Suelto un resoplido burlón.

—¿Acaso estamos haciendo una lista de mis defectos?

—Nunca he dicho que fuera un defecto. —Mi madre se da la vuelta hacia mi hermana—. Violet afronta más dolor antes del almuerzo del que tú lo haces en toda la semana, Mira. Si hay una de mis hijas capaz de sobrevivir al Cuadrante de Jinetes, es ella.

Mis cejas se enarcan. Eso ha sonado muchísimo como un cumplido, pero con mi madre nunca puedo estar segura.

—¿Cuántos candidatos a jinete mueren el Día del Reclutamiento, mamá? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? ¿Tantas ganas tienes de enterrar a otro hijo? —Mira está furiosa.

Hago una mueca de pesar cuando la temperatura en el cuarto baja de golpe, cortesía del clásico poder de mi madre para manipular tormentas, el cual canaliza a través de su dragona, Aimsir.

Siento un peso en el pecho al recordar a mi hermano. Nadie se ha atrevido a mencionar a Brennan o a su dragón en los cinco años que han pasado desde que murieron peleando en la Rebelión de Tyrrendor en el sur. Mi madre me tolera y a Mira la respeta, pero a Brennan lo quería mucho.

Y papá también. Sus dolores en el pecho comenzaron justo después de la muerte de Brennan.

La mandíbula de mamá se tensa y sus ojos amenazan con represalias mientras observa a Mira con rabia.

Mi hermana traga saliva, pero se mantiene firme en la competencia de miradas.

—Mamá —digo—, ella no quería decir...

—Sal de aquí, teniente. —Las palabras de mi madre son unas suaves volutas de vapor en la gélida oficina—. Antes de que reporte tu ausencia sin permiso a tu unidad.

Mira se yergue, asiente una vez, se da la vuelta con precisión militar y sale por la puerta sin decir nada más, cogiendo una pequeña mochila en su camino.

Es la primera vez que mamá y yo estamos a solas en meses.

Sus ojos se encuentran con los míos y la temperatura se eleva mientras inhala profundamente.

—Quedaste entre los primeros lugares en velocidad y agilidad durante el examen de ingreso. Te irá bien. A todas las Sorrengail les va bien. —Me pasa los dorsos de sus dedos por la mejilla, apenas me acaricia la piel—. Te pareces tanto a tu pa-

dre... —susurra antes de aclararse la garganta y retroceder algunos pasos.

Supongo que no hay premios al mérito por disponibilidad emocional.

—Tendré que tratarte como si no fuéramos familia durante los próximos tres años —dice mientras se sienta en el borde de su escritorio—, pues, al ser comandante general de Basgiath, seré tu oficial de más alto rango.

—Lo sé. —Es la menor de mis preocupaciones, teniendo en cuenta que casi nunca me trata como familia.

—Y tampoco recibirás ningún trato especial solo por ser mi hija. Si acaso, serán más duros contigo para que demuestres tu valía. —Enarca una ceja.

—Me queda claro. —Suerte que he estado entrenando con el comandante Gillstead durante los últimos meses, desde que mi madre lanzó su decreto.

Ella suspira y finge una sonrisa.

—Entonces te veré en el valle de la Trilla, candidata. Aunque para el atardecer ya serás cadete, supongo.

«O cadáver.»

Ninguna de las dos lo dice.

—Buena suerte, candidata Sorrengail. —Dicho esto, se acomoda detrás de su escritorio, lista para que yo me vaya.

—Gracias, general. —Me coloco la mochila en los hombros y salgo de su oficina.

Un guardia cierra la puerta detrás de mí.

—Está loca de remate —dice Mira desde el centro del pasillo, justo entre dos guardias que están en sus puestos.

—Se van a chivar de lo que acabas de decir.

—Como si no lo supiera —suelta entre dientes—. Vámonos. Solo nos queda una hora antes de que tengan que comparecer todos los candidatos, y en mi vuelo de llegada he visto a miles de

personas esperando tras las puertas. —Comienza a caminar y me lleva por la escalera de piedra y los pasillos hacia mi cuarto.

Bueno..., lo que solía ser mi cuarto.

En los treinta minutos que han pasado desde que me he ido, todas mis cosas han acabado en cajas de madera que ahora están apiladas en una esquina. El corazón se me encoge. Mi madre ha metido mi vida entera en cajas.

—Joder, sí que es eficiente, eso no te lo voy a negar —masculla Mira antes de volverse hacia mí y recorrerme de una mirada con gesto analítico—. Tenía la esperanza de hacerla cambiar de opinión. No estás hecha para el Cuadrante de Jinetes.

—Ya lo has comentado. —Enarco una ceja mirándola—. Varias veces.

—Perdón. —Hace un gesto pensativo, se sienta en el suelo y comienza a vaciar su mochila.

—¿Qué haces?

—Lo que Brennan hizo por mí —dice en voz baja, y siento que la pena se me atasca en la garganta—. ¿Sabes usar espadas?

Niego con la cabeza.

—Son demasiado pesadas. Pero soy muy rápida con las dagas. —Muy rápida. Como un puto rayo. Lo que me falta de fuerza lo compenso con velocidad.

—Eso pensaba. Bien. Ahora suelta la mochila y quítate esas botas horribles. —Busca entre sus cosas y me entrega unas botas nuevas y un uniforme negro—. Ponte esto.

—¿Qué tiene de malo mi mochila? —le pregunto, pero de todos modos la suelto. Ella la abre de inmediato y saca de cualquier forma todo lo que he metido yo con tanto cuidado—. ¡Mira! ¡He tardado toda la noche en hacerla!

—Llevas demasiadas cosas y tus botas son una trampa mortal. Resbalarás por el Parapeto con esas suelas tan lisas. Te he mandado hacer unas de jinete con suela de goma por si acaso, y

este, mi querida Violet, es el peor de los casos. —Los libros comienzan a volar y caen cerca de la caja.

—Oye, solo puedo llevarme lo que sea capaz de cargar, ¡y esos los quiero! —Me abalanzo sobre el siguiente libro antes de que mi hermana pueda lanzarlo, y salvo por poco mi colección favorita de fábulas oscuras.

—¿Estás dispuesta a morir por esto? —me pregunta, y hay severidad en sus ojos.

—¡Puedo cargarlo!

Todo esto está mal. Se suponía que iba a dedicarles mi vida entera a los libros, no a tirarlos en un rincón para aligerar mi carga.

—No. No puedes. A duras penas pesas el triple que tu mochila, el Parapeto mide más o menos veinte centímetros de ancho, está a más de sesenta metros del suelo y, la última vez que me he asomado, las nubes que se acercaban eran de lluvia. No te darán tregua con la lluvia solo porque el puente pueda ponerse un poco resbaladizo, hermanita. Te caerás y morirás. ¿Vas a escucharme ahora? ¿O te unirás a los demás candidatos muertos durante el pase de lista de mañana? —Ya no hay ni rastro de mi hermana mayor en la jinete que está frente a mí. Esta mujer es calculadora, astuta y un tanto cruel. Esta es la mujer que sobrevivió a los tres años con una sola cicatriz, la cual le hizo su propio dragón durante la Trilla—. Porque eso es lo único que serás. Una tumba más. Otro nombre grabado con fuego en piedra. Deshazte de los libros.

—Este me lo dio papá —murmuro, con el libro pegado a mi pecho. Quizá sea infantil, solo es una colección de cuentos que nos advierten sobre el atractivo de la magia e incluso satanizan a los dragones, pero es lo único que me queda.

Ella suspira.

—¿Es ese viejo libro de folklore sobre alimañas de la oscuridad y su guiverno? ¿No lo has leído mil veces?

—Seguro que más —reconozco—. Y son venin, no alimañas.

—Papá y sus alegorías —dice—. Tú no intentes canalizar un poder sin estar unida a un dragón. Así no habrá monstruos de ojos rojos bajo tu cama al acecho para secuestrarte en sus dragones de dos patas ni te harán unirse a su ejército oscuro. —Saca el último libro que había metido en mi mochila y me lo entrega—. Deshazte de los libros. Papá no puede salvarte. Lo intentó. Yo también lo intenté. Es decisión tuya, Violet. ¿Vas a morir como escriba o vas a vivir como jinete?

Bajo la vista hacia los libros en mis brazos y tomo una decisión.

—Eres una pesadilla. —Dejo las fábulas en una esquina, pero me quedo con el otro tomo entre las manos y me vuelvo para mirar a mi hermana.

—Soy la pesadilla que te mantendrá con vida. ¿Ese para qué es? —pregunta en tono retador.

—Para matar a gente. —Se lo entrego.

Una sonrisa le llena poco a poco la cara.

—Bien. Ese puedes quedártelo. Ahora ve a cambiarte mientras yo me encargo de este desastre. —La campana suena desde lo alto, nos quedan cuarenta y cinco minutos.

Me visto rápido, pero todo me parece como si fuera para otra persona, aunque obviamente está hecho a mi medida. Mi túnica es reemplazada por una camisa negra entallada que me cubre los hombros, y mis pantalones frescos se intercambian por unos de cuero que abrazan todas mis curvas. Luego mi hermana me pone un corsé tipo chaleco que va sobre la camisa y ata las cintas.

—Evita las rozaduras —me explica.

—Es como lo que se ponen los jinetes para la batalla. —Tengo que admitir que, pese a sentirme como una impostora, la ropa parece bastante ruda y buena. «Dioses, esto va en serio.»

—Exacto, porque a eso es a lo que vas. A la batalla.

La combinación de cuero y tela que no reconozco me cubre desde el pecho hasta debajo de la cintura, me envuelve el busto, cruza hacia arriba y me sube por los hombros. Toco las fundas que están discretamente cosidas en diagonal por las costillas.

—Son para tus dagas.

—Solo tengo cuatro. —Las tomo de la pila que hay en el suelo.

—Te ganarás más.

Acomodo mis dagas en las vainas; es como si las costillas se me estuvieran convirtiendo en armas. El diseño es ingenioso. Entre mis costillas y las vainas en mis muslos es fácil coger los cuchillos.

Apenas me reconozco en el espejo. Parezco una jinete. Aunque sigo sintiéndome una escriba.

Minutos después la mitad de lo que había metido en la mochila está apilado en las cajas. Mi hermana me ha reorganizado la bolsa, descartando cualquier cosa que haya considerado innecesaria y casi todo lo sentimental mientras vomitaba consejos sobre cómo sobrevivir en el cuadrante. Luego me sorprende haciendo la cosa más sentimental del mundo: decirme que me siente entre sus rodillas para que pueda trenzarme el cabello y formar una corona.

Es como si fuera una niña de nuevo en vez de toda una mujer, pero lo hago.

—¿Qué es esto? —Toco el material que llevo sobre el corazón, rascándolo con la uña.

—Algo que yo misma he diseñado —me explica, apretándome la trenza tan fuerte que me duele la cabeza—. He pedido que lo hicieran especialmente para ti con escamas de Teine, así que cuídalo.

—¿Escamas de dragón? —Giro la cabeza para verla—. ¿Cómo? Teine es enorme.

—Conozco a un jinete con el poder de hacer que las cosas grandes se vuelvan muy pequeñas. —Una sonrisa pícara se le dibuja en los labios—. Y las cosas pequeñas... muchísimo más grandes.

Hago un gesto de fastidio. Mira siempre ha sido mucho más abierta para hablar de hombres que yo..., de los dos que he tenido.

—Pero ¿cómo de grandes?

Se ríe y me da un tirón en la trenza.

—Echa la cabeza hacia delante. Deberías haberte cortado el pelo. —Tira de los mechones para que queden bien apretados y sigue trenzando—. Es un problema en los enfrentamientos y batallas, y un enorme blanco. Nadie más posee un cabello que se descolore hasta volverse plateado como el tuyo, y ya deben de tenerte en el punto de mira.

—Sabes bien que, al parecer, mi pigmento natural abandona mi cabello gradualmente sin importar el largo. —Mis ojos son igual de indefinidos, de un color claro y avellanado que mezcla distintos azules y ámbar, pero no parecen decidirse por ninguno de los dos—. Además, aparte de lo mucho que a todos les preocupa el tono, mi cabello es lo único perfectamente saludable que tengo. Cortarlo sería como castigar mi cuerpo por hacer al fin algo bien, y realmente tampoco tengo la necesidad de esconder quién soy.

—No la tienes. —Mira me tira de la trenza para que eche la cabeza hacia atrás, y nuestros ojos se encuentran—. Eres la mujer más inteligente que conozco. Que no se te olvide. Tu cerebro es tu mejor arma. Véncelos con tu inteligencia, Violet. ¿Me has entendido?

Asiento y ella deja de tirarme del cabello con tanta fuerza,

termina la trenza y me hace ponerme de pie mientras sigue resumiendo sus años de conocimientos en quince apresurados minutos, casi sin respirar.

—Mantente atenta. Está bien que seas sigilosa, pero asegúrate de fijarte en todo y todos los que te rodean para usarlo a tu favor. ¿Te has leído el Código?

—Un par de veces.

El libro de reglas del Cuadrante de Jinetes tiene solo una parte de la extensión que los de las demás divisiones. Probablemente porque a los jinetes les cuesta trabajo seguir las reglas.

—Bien. Entonces ya sabes que los otros jinetes pueden matarte en cualquier momento y que los cadetes despiadados seguro que lo intentarán. Cuantos menos cadetes, más posibilidades tendrás en la Trilla. Nunca hay suficientes dragones dispuestos a formar un vínculo y, de cualquier modo, quien sea tan insensato como para que lo maten no se merece un dragón.

—Salvo cuando esté durmiendo. Atacar a un cadete mientras duerme es una infracción que merece un castigo. Artículo tres...

—Sí, pero eso no significa que vayas a estar a salvo de noche. Duerme con esto si puedes. —Me da unos golpecitos a la altura del estómago sobre el corsé.

—Se supone que los jinetes deben ganarse el vestir de negro. ¿Estás segura de que no debería usar mi túnica hoy? —Paso las manos sobre el cuero.

—El viento en el Parapeto se aprovechará de cualquier tela suelta como si fuera una vela. —Me entrega mi mochila, que ahora es mucho más ligera—. Cuanto más entallada sea tu ropa, mejor te irá ahí arriba y en el ring cuando comiences a entrenar para las peleas. Usa siempre la armadura. Lleva siempre las dagas contigo. —Señala las fundas en sus muslos.

—Alguien dirá que no me las he ganado.